

Valencia, 5 de octubre de 2.006

Aparcamos el coche junto a los muros del monasterio, que aquella mañana de los años 60 runruneaba en un ir y venir de últimos preparativos, prudentes consejos y emocionadas despedidas.

Sor Concepción, tía de mi mujer y recientemente elegida Priora muy a su pesar, debía desplazarse a Logroño para participar en una reunión de abadesas de la orden. Nosotros nos habíamos ofrecido a llevarla al convento de Valencia para que se reuniese con las madres de la provincia e hicieran juntas el desplazamiento. Como es natural, semejante acontecimiento había alterado gravemente la estricta vida de la comunidad.

Maria la "*monjera*", que nos esperaba en la plaza, abrió la puerta exterior de la clausura con una gran llave que sacó del bolsillo del delantal.

Accedimos al interior y tiramos de la cuerda de la campana que anunciaba las visitas. Tras el lejano tintineo de la campanilla escuchamos ese sonido tan peculiar que producían unas zapatillas de monja caminando apresurada sobre las losas del monasterio, y la voz de la Madre Portera nos saludó con un "*Ave María Purísima*" desde el otro lado del torno.

Nos identificamos y su reacción fue un "*¡Mare, ja estan ací...!*"<sup>1</sup>, que provocó nuevas carreras, esta vez en grupo. Por fin, tras los chasquidos del antiguo cerrojo y el chirriar de los goznes, se abrió la puerta de la clausura.

La comunidad se agrupaba alrededor de la puerta despidiendo a Sor Concepción que, desconcertada y acompañada por otra hermana, como era preceptivo,

accedió al atrio del monasterio para reunirse con nosotros.

No recuerdo el nombre de la "acompañante", pero era una de las dos hermanas de Doña Nieves, la maestra. Un auténtico manojo de nervios que preguntaba, sugería y, sobre todo, se movía.



De pronto se dio cuenta de que iban a cara descubierta y rápidamente se colocó el velo con el que cubrían sus rostros, a modo de sudario, cuando se veían obligadas salir "al mundo", indicando a Sor Concepción que hiciera lo mismo.

Recuerdo que Maria las reprimió con su energía característica: "*¿Volen matar a algú d'un susto??. Guarden el vel ara mateix...!*"<sup>2</sup>

Sor Concepción, persona extraordinariamente dulce y tímida, intentó un inseguro ¡"Maria..."!, que fue rápidamente abortado con un categórico "*;deixin-se de favades i al cotxe!*"<sup>3</sup>

Y de esta forma, como anestesiadas, las dos religiosas subieron al "Morris" dispuestas a enfrentarse, con ayuda de Dios, al mundo, al demonio e incluso a la carne, si fuera menester.

Lo apropiado para el dramatismo del relato es que toda esta acción hubiera transcurrido en una de esas extraordinarias mañanas de invierno, únicas, en las que la bruma que cubre los

<sup>1</sup> *Madre, ya están aquí*

<sup>2</sup> *¿Quieren matar a alguien de un susto?.. ¡Guarden el velo ahora mismo!*

<sup>3</sup> *Déjense de tonterías y al coche*

amaneceres de la sierra de Mariola, espesa y familiar, se levanta perezosa desde el pueblo, dejando su rastro húmedo sobre los muros de las casas y las torres de los campanarios.

Pero nada más lejos de la realidad. Era verano, lucía un solo espléndido y hacia mucho calor.

Las reglas de la orden obligaba a las mojas a desplazarse a sus destinos por el camino más corto y sin distraerse con las vanidades del mundo, pero yo no las había profesado. Una de las monjas no había salido del monasterio desde el final de la guerra civil y Sor Concepción desde hacía bastantes años, por lo que cometí el pecado venial de dar un rodeo por el pueblo para que vieran los cambios que se habían producido.

Elvira y yo estábamos realmente emocionados y divertidos con los comentarios de las buenas monjas: "¡Mare, mare. ¿Ha visto?. ¡Han esmaltat els carrers!"<sup>4</sup>, decía.

"No Mare", contestaba la "experta" Sor Concepción, "s'anomena asfalt i es posa per a tapar els clots"<sup>5</sup>



"Mare. ¿Ha visto que destapada va eixa xiqueta?. ¡Amb la calor que fa!"<sup>6</sup>

"¡Jesús..!" exclamaba una desconcertada sor Concepción. "nosaltres anem tan fresquetes amb els nostres hàbits...."<sup>7</sup>

No vale la pena continuar el relato de la aventura, porque solo quiere reflejar el extraordinario candor de las monjas de la comunidad.

Tampoco quiero dar la imagen de una comunidad atrasada, inculta, manipulada y fuera del mundo.

Nada más lejos de la realidad. Las monjas Agustinas eran muy conscientes de que estaban en el mundo, pero habían tomado la decisión personal de servir a la comunidad desde la vida contemplativa, declarándose voluntariamente muertas para el exterior.

En muchos casos, como el de Sor Concepción, su hermana Sor Ana María y muchas otras, las monjas de la comunidad habían dejado vidas fáciles y familias acomodadas, en la flor de la juventud, por seguir una llamada que las empujaba hacia un camino de renuncias y sacrificios.

No era, ni mucho menos, una opción cómoda. Simplemente era una cuestión de fe.

Recuerdo otra ocasión en la que les llevé el primer disco de salmos que se editó en castellano. Se montó una auténtica fiesta, con toda la comunidad tras las rejas del locutorio cantando a coro con las voces que salían del Pick Up, siguiendo las letras que yo les había fotocopiado.

No creo posible mayor entusiasmo, (la caridad me impide acordarme de la entonación), que el demostrado por aquel grupo de mujeres, algunas ya muy mayores, cuando cantaban "que alegría cuando me dijeron, vamos a la casa del Señor...", difícilmente coordinadas por la Madre Guadalupe.

Estaban tan contentas que hasta me obsequiaron con una copita de "herber medicinal"<sup>8</sup>, de esa botella que guardaban escondida por si alguno de sus visitantes varones "estaba mal de la panxa". ¡Diguen que ès molt digestiu..!<sup>9</sup>

<sup>4</sup> Madre, madre ¿ha visto?. ¡Han "esmaltado" las calles!

<sup>5</sup> Se llama asfalto y sirve para tapar los baches

<sup>6</sup> Madre ¿Ha visto que destapada va esa niña?. ¡con el calor que hace!

<sup>7</sup> ¡Nosotras vamos tan frescas bajo nuestros hábitos..!

<sup>8</sup> Licor de hierbas de la Sierra Mariola

Una vez pregunté a Sor Concepción si sabían latín y me dijo que "*molt poc*"<sup>10</sup>.

Me extrañó mucho que no entendieran los salmos que leían o cantaban continuamente en los oficios y así se lo manifesté. Me contestó con un categórico: "*No nos importa. Sabem que estem alabant a Déu*"<sup>11</sup>

Fue un auténtico resumen de su profesión de fe.

Recibían muchas visitas y estaban perfectamente enteradas de lo que pasaba en el mundo, especialmente en la comunidad bocairentina. Disfrutaban enormemente con las buenas noticias (les llevaban niños recién nacidos, les visitaban parejas de novios, etc.) y sufrían con las desgracias ajenas. Su reacción ante las desdichas siempre era la misma: Oración y sacrificio.

Era su misión.

Aquella comunidad que conocí, regida amorosamente por Sor Guadalupe, una Madre Priora inteligente y vivaracha, de excepcional alegría, ojos muy brillantes y eternamente joven, que renunció a su Alcoy natal para enterrarse en vida en el monasterio de Bocairente, era una de las muchas comunidades que, generación tras generación, ocuparon el monasterio, pasaron fríos y penurias y rezaron, día tras día, unos salmos que no entendían, para ayudar a un mundo que las desconcertaba.

Las juntas de las losas conservarán restos del sudor y las lágrimas de muchas monjas que fregaron los suelos arrodilladas, con las manos llenas de sabañones y el corazón rebosante de amor y Comunión de los Santos.

Seguro que en la cocina y el obrador resuenan todavía, muy tenues, inaudibles para nosotros, los ecos de las risas y los cantos de las que se fueron, y a las que Dios permitirá, sin duda, disfrutar de un eterno recreo entre sus hermanas, ahora sí, libres de penurias y estrecheces.



El fósforo de sus huesos brilló durante generaciones en las noches del cementerio del huerto y sus cenizas, desde el pudridero, sedimentaron los cimientos del monasterio en perfecta amalgama con la roca viva sobre la que se alza.

Y mientras, el pueblo, acostumbrado a su presencia, seguía su marcha pausada, quizás sin valorar suficientemente el referente moral y cultural del monasterio, de la misma forma que no se valora suficientemente las cosas extraordinarias que nos parecen tan ordinarias, como el amor de una madre o el sol que nos alumbría cada día.

Después de tantos años de convivencia, ¿cómo se ha llegado a este momento de ruptura?. Es cierto que la falta de vocaciones ha minado inexorablemente la fortaleza de la congregación, pero el monasterio de Bocairente es mucho más que una comunidad de fe, y transciende del hecho religioso para convertirse en un referente histórico y cultural de la comunidad civil.

Así es, aunque muchos vecinos no se consideren creyentes, y así debe ser incluso si en algún momento se desacraliza.

Un sultán inteligente, Fatih Sultan Mehmet, cuando conquistó Estambul y entró en Santa Sophia quedó tan maravillado de lo que se encontró que decidió mantener intacto lo que era un gran

<sup>9</sup> Padecía del estómago. ¡Dicen que es muy medicinal!

<sup>10</sup> Muy poco

<sup>11</sup> No nos importa. Sabemos que estamos alabando a Dios

centro cristiano. Actuando con una cordura impropia de la época, se limitó a cubrir los símbolos de la antigua fe y la convirtió en mezquita.

Otro gobernante, Kemal Atatürk, quiso garantizar su continuidad liberándola de disputas religiosas y, obrando con gran sensatez, la convirtió en museo en 1.935.

En este momento Santa Sophia es el gran ícono de Estambul y los que hemos tenido el privilegio de visitarla pudimos disfrutar de los símbolos de las dos grandes religiones: El Cristo Pantocrátor y demás mosaicos cristianos por un lado y los grandes medallones con versículos del Corán, el Mihrab y los velones de cristal por otro, provocan un sentimiento de ecumenismo y paz, igualmente perceptible por los no creyentes que la visitan.

Comparar Santa Sophia con el monasterio de las Madres Agustinas es una exageración, pero no una desmesura.

Estambul tiene una riqueza histórica descomunal y fue un bastión de cultura y tolerancia para el mundo civilizado de la época, pero, de forma similar, la historia de los bocairentinos vivos ha transcurrido alrededor de los muros del monasterio.

Como decía anteriormente, es posible que muchos no tengan sentimientos religiosos, pero ¡qué importa!. Los católicos practicantes contemplarán el monasterio pensando que les ayudó en su fe. El resto deben asumirlo como parte de sus raíces y aceptar como propia la estética del caserón y su historia, tan vinculada a los recuerdos de sus infancias y de las infancias de sus antepasados.

Vaya pues mi emocionado recuerdo a las monjas enterradas en Bocairente, pero también al resto de agustinas que siguen leyendo salmos en las clausuras de todo el mundo.

El problema suscitado no puede simplificarse como un caso de monjes buenos y monjes malos que nos distraigan descargando las iras sobre agustinas o agustinos lejanos, totalmente ajenos a esta desagradable historia, o sobre religiosos directamente involucrados que pueden haber actuado de buena fe, aunque mal aconsejados.

La mayoría de los problemas del cristianismo tienen un entorno parecido al del conflicto que aquí se plantea:

Como los civiles en las guerras, los feligreses y los religiosos que pelean su cada día tratando de mantenerse estables en un mundo convulso, no participan en los foros de las decisiones, pero son los que sufren las mayores consecuencias.

Las leyendas negras de las religiones tienen como origen y justificación el exceso de poder de las órdenes y las congregaciones.

No es Sor "X" la culpable. Tampoco lo son Don "C" o el Padre "D", ni las monjas de otras comunidades agustinas. No caigamos en esa trampa.

Si el responsable real, el de las negociaciones, es o no agustino, no pasa de ser un mero accidente personal, porque su mentalidad "negociadora" tendrá poco que ver con las reglas de la orden o el respeto a los sentimientos de las personas.

Simplemente quiere rentabilizar algo que le vino dado por personas infinitamente más generosas que el propio negociador.

Hasta es posible que con estas actitudes piense sinceramente que alaba a Dios, como le ocurría a Sor Concepción y las otras mojas de la comunidad, pero ¡es tan difícil de creer!.

El monasterio de las Reverendas Madres Agustinas de Bocairente tiene un valor material indiscutible pero, sobre todo, tiene un valor espiritual que debe prevalecer en el espíritu de la negociación.

Siéntense en una mesa las partes autorizadas y, ¡por favor!, encuentren una solución.

Siguiendo con Estambul, recordemos la antigua leyenda de su fundación

"En el año 650 A.C., el colonizador griego Byzas decidió abandonar su ciudad, Megara, en busca de otro lugar donde él y su gente pudieran empezar una nueva vida, pero antes de partir consultó al Oráculo de Delfos y este le contestó que se asentase "frente al país de los ciegos".

Cuando Byzas llegó a la actual ubicación de Estambul observó que en la orilla de enfrente del Bósforo residía una tribu asiática que, asentada sobre una superficie totalmente desértica, no había apreciado las riquezas del otro lado, su verdor y su extraordinario puerto natural, y se limitaron a asentar sus campamentos en cuanto encontraron agua en cantidad.

Byzas pensó, como única explicación, que se trataba de un pueblo de ciegos y empezó a edificar una nueva ciudad en el lado europeo, a la que llamó Bizancio".

¿Seremos, de nuevo, otro "país de los ciegos"?

"Dad a Dios lo que es de Dios...."

¿Puede una orden religiosa arrogarse la categoría de "Cesar", o siguen siendo la "parte de Dios"?

José Luis Martínez Angel